Jículi Ba-Ba [1]

Por Francisco ROJAS GONZALEZ. Investigador Científico del Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional.

MUCHO se ha escrito y dicho sobre el peyote; su bibliografía es tan amplia, que el cactus mexicano y sus raras propiedades son conocidas en todo el mundo. Lo que ahora me propongo exponer sobre el peyote no tiene de nuevo más que la noticia de las supervivencias entre los grupos indígenas mexicanos de un rito tan antiguo como la misma cultura americana, de la que hicieron lenguas los cronistas europeos, sorprendidos y perspicaces intérpretes de tan complejo como intrincado fenómeno.

Para Fray Bernardino de Sahagún, el más penetrante de los cronistas a quien justamente podríamos llamarle el primer americanista, no pudo pasar inadvertida la existencia del peyote ni las particularidades de su consumo, ni sus efectos en el organismo humano; así se expresó de él: "Hay otra hierba, como tunas de tierra que se llama *peyotl*; es blanca, hácese hacia la parte Norte. Los que la comen o beben ven visiones espantosas, o de risas; dura esta borrachera dos o tres días, y después se quita. Es un manjar de los *chichimecas*, que los mantiene y da ánimos para pelear y no tener miedo, ni sed, ni hambre, y dicen que los guarda de todo peligro."

No aportando mayores datos que los apuntados del peyote hablan en narraciones asombradas López, Ortega, Guerrero, Arias Arlegui, y otros; pero ninguno concede al uso del alcaloide la importancia que tuvo en la fisiología del indígena, en su vida colectiva y aun en su pensamiento exal-

1 Voz de alegría de los tarahumaras ante la presencia del peyote y la inminencia de su ingestión.

tado y vivaz, que llegó a conceder al breve cactus calidades divinas e hizo de él ingrediente esencial para su bienestar en la tierra.

Hoy en día, en el mismo territorio mexicano el peyote resulta exótico. Sahagún asegura que en la época prehispánica, el cactus "hácese hacia la parte del Norte", lo que quiere decir que los habitantes de la altiplanicie —los aztecas o mexicanos— dueños de la más alta cultura en los instantes de la conquista europea, tenían que importar el peyote de regiones habitadas por otros grupos indígenas o arrebatarlo como caro e inapreciable trofeo.

La palabra peyote —del azteca *peyotl,* que quiere decir, según Santamaría, "lo que alucina o da valor"— se conoce actualmente entre sus consumidores supervivientes con los nombres de *jículi, hícore, jícore* o *hikuli,* términos a los cuales no se les ha dado una satisfactoria traducción.

En el lenguaje científico la cactácea es conocida con el nombre genérico de *Laphophora Williemsii* y de ella se conocen variadas especies, entre las que deben citarse como más comunes la *ariocorpus retosus,* la *anhalonium prismaticus,* la *anhalonium elongatum,* las *mammilarias elongatum, furfuracea, prismática, micronesis, fissurata,* etc. En el Sur de los Estados Unidos, el peyote es conocido por los rancheros texanos con los nombres de *mescal buttons* o *white mule.*

El peyote, según su aspecto exterior es un cactus pequeño —entre diez y quince centímetros— de color blanco verdoso, generalmente sin espinas, pero floreado en ciertas épocas de su desarrollo. Después de desarraigado, vive varios meses.

En la actualidad el peyote sólo se encuentra en muy limitadas regiones del Norte y Centro de México. Es común hallar especies variadas, aunque no en cantidad abundante, cerca del Mineral de Catorce, en el Estado de San Luis Potosí, en las llanuras de Levante en el Estado de Chihuahua y en la sierra hacia el Norte de Santa María Camargo.

La especie más apreciada entre los tarahumaras es la conocida por ellos con el nombre de *jículi hunamé*; pero no desprecian el consumo de otras variedades a las que también rinden veneración; entre ellas las principales son la *rosapara* —única conocida especie espinuda— a la que se le atribuyen grandes poderes contra los enemigos; "es corajuda y se venga cruelmente de aquellos quienes la tratan sin los debidos miramientos." El "súnami", o *mammilaria fissurata,* que protege a su poseedor contra los ladrones. Su consumo resulta altamente tóxico. El "mulato" —*mammilaria micronesis*—, "que prolonga la vida y da potencia en los juegos deportivos y en los trabajos", y, finalmente, el "jículi *hualula,* llamado también 'gran

autoridad'," por ser el mayor de todos en volumen y extremadamente raro; es "patrón de los moribundos".

La investigación moderna se ha ocupado frecuentemente del peyote: Lewin, farmacologista alemán —1888— extrajo del cactus el alcaloide que se conoce con el nombre de anhalomina; esta experiencia permitió estudiar más a fondo los efectos causados por el peyote en el organismo humano. Años después, Heffer, logró aislar cuatro alcaloides del peyote o jículi mexicano, a los que bautiza con los nombres de *peyotina, mescalina, laphophorina* y *anhalonidina.* Siguen a estas experiencias las de Dixon y White, quienes hacen observaciones de los efectos del peyote, comparados con los que causa la *cannabis indica* o mariguana.

A partir de la iniciación de este siglo, los estudios sobre el peyote se amplían a los aspectos botánico, farmacológico, fisiológico y terapéutico. Entre los nombres de los más notables investigadores deben citarse los de los doctores Ramírez, Loaeza, Cicero, Terrés y Bulman; más tarde bajo la dirección del Instituto de Biología de la Universidad Nacional de México, los doctores Mazzoti, Robles y Gómez Robleda, realizan estudios importantes sobre diversas peculiaridades del cactus.

Antes de conocer, aunque sea superficialmente, los efectos del peyote en el cuerpo humano, a la luz de las investigaciones científicas recientemente realizadas, oigamos las experiencias de Carl Lumholtz, aguerrido explorador que a principios de este siglo convivió entre tarahumaras y huicholes. Lumholtz no sólo gustó del peyote en compañía de los indios, sino que también observó minuciosamente las consecuencias que sobre aquéllos trajo el uso del alcaloide:

"La planta produce en el sistema humano, cuando se toma, una grande alegría y aplaca toda sensación de hambre y de sed. Desarrolla también la visión colorida. Su sabor cuando está fresca, es nauseabundo y ligeramente ácido, pero extraordinariamente refrescante para el que se ha expuesto a una fuerte fatiga. No sólo alivia de todo cansancio, sino que siente renacer el esfuerzo, lo que yo mismo pude testificar, por experiencia personal. En este respecto, se parece a la coca del Perú, con la diferencia de que deja después cierta depresión o dolor de cabeza. Aunque los indios se sienten como si estuvieran ebrios cuando comen un poco de jículi, y les parece que les bailan los árboles, se mantienen sin tambalearse y con el cuerpo más firme que en su estado normal, pudiendo caminar por la orilla de los precipicios sin que se les desvanezca la cabeza. En sus fiestas nocturnas, cuando han consumido mucho tesgüino y jículi, numerosos indi-

viduos se ponen a llorar y a reir alternativamente. Otro efecto notable de la planta consiste en quitar temporalmente cualquier deseo sexual, hecho en que seguramente se funda el que los indios, por medio de curioso razonamiento aborigen, imponen la abstinencia de las relaciones sexuales como condición necesaria para el culto.

"Tan grato es para los tarahumaras el efecto de la planta que atribuyen a ésta poder de dar salud y larga vida, y de purificar el cuerpo y el alma..." "Se aplica exteriormente contra las picaduras de víbora, quemaduras, heridas y reumatismo..." "No sólo cura la enfermedad y la aleja, sino que fortalece el cuerpo para que resista cualquiera otra, por lo que se usa mucho como preservativo, y aunque no se les da a los muertos, porque ya no necesitan de remedios, siempre interviene en las fiestas que se les tributan."

Los doctores Robles y Gómez Robleda, tras de minuciosas experiencias de laboratorio, hallaron los siguientes efectos en el organismo humano, al ensayar inyecciones de clorhidrato de peyotina en animales y en personas que se prestaron para la experiencia:

Efectos en el sistema nervioso.—Alteraciones en la movilidad voluntaria (en dosis moderadas): pesadez, pereza, sueño. Alteraciones en la movilidad involuntaria (en dosis altas): temblores, convulsiones, movimientos impulsivos y a veces rigidez muscular. Cuando sobreviene a los sujetos bajo la influencia del clorhidrato de peyotina la hipertonía muscular, toman actitudes muy peculiares.

Alteraciones mentales: Estado confusional manifiesto en la desorientación. Alucinaciones luminosas, siluetas fantasmales y bultos móviles; animales fantásticos, flores exóticas y variados objetos; alucinaciones auditivas (voces, ruidos, notas); evocación de sucesos lejanos, antes olvidados; estatismos de espectador de grandes movimientos de multitudes, arboledas, tropeles de bestias; torpeza ideativa. Exaltación de los sentimientos privativos de cada sujeto: depresión, miedo, angustia o alegría desbordante. Impulsos variables que van desde la agresión, hasta la placidez más absoluta. Los que están bajo la influencia del alcaloide hablan precipitadamente, con voz monótona y tono cansado. Los actos del subconciente son comunes.

Acción sobre el corazón: Modificaciones muy variadas del ritmo; taquicardia y bradicardia alternativamente; disminución e interrupción de las pulsaciones.

Acción sobre la excitabilidad: El clorhidrato de peyotina exalta notablemente el tono del vago y del simpático, hasta la inhibición, por fatiga, de las funciones de ambos nervios.

Efectos extraordinarios se han observado también en las vías circulatorias, en el sistema muscular y en el respiratorio, así como sobre el hígado y el riñón.

Se cree que el clorhidrato de peyotina se expulsa muy lentamente por la orina y tal vez por la saliva.

II

El consumo del jículi entre algunos grupos indígenas del Norte y del Occidente de México, si bien ha perdido mucho de la espectacular liturgia que le fué característica hasta fines del pasado siglo, todavía conserva un ceremonial ostentoso, que nos permite apreciar hasta qué punto la extraña planta influyera en el pensamiento de los que integraron aquellas primitivas sociedades.

Hoy en día supervive entre los tarahumaras, especialmente entre los habitantes de la región baja, y entre los huicholes de Jalisco y Nayarit, la vieja costumbre de intoxicarse con el peyote y esta práctica conserva rituales privativos bien extraños, aunque, es justo advertirlo, a medida que pasan los años se diluye el prestigio divino, al mismo tiempo que se aprecian más los efectos puramente físicos de su gasto.

Con base en las investigaciones realizadas no hace mucho tiempo por el personal del Instituto de Investigaciones Sociales y enriqueciendo nuestra información con la bibliografía que incluímos, intentaremos reconstruir el ritual del peyote.

Para los más aislados tarahumaras contemporáneos, el jículi es hermano gemelo de "Tata-Dios", por eso suelen llamarlo "tío". El "tío" es tan poderoso, que el pueblo entero puede dormir tranquilo si se sabe con su favor y simpatía.

El hombre que lleva una partícula del misterioso cactus escondida entre sus ropas, debe estar seguro de que ante su presencia huirán las serpientes, que los rayos jamás caerán en las cercanías y que los enemigos estarán maniatados. Grandes corredores y entusiastas de los ejercicios físicos, los tarahumaras saben que aquél que no ofenda al jículi será invencible en las pruebas e incansable en los trabajos.

Para todos los males el jículi es beneficioso, según los supervivientes practicantes de su rito, para todos los males excepto para aquellos que un hombre causa a otro, por eso jamás cura las heridas originadas en riña. El jículi, por otra parte, no solamente salvaguarda a sus adoradores de hechicerías y embrujamiento, sino que también "saca al diablo de la panza, cuando quiere 'fregar' a un cristiano".

El jículi es merecedor del más grande respeto; jamás debe convivir entre la gente, pues se escandalizaría de tantos actos prosaicos y asquerosos propios de la naturaleza humana, por eso se le conserva aislado dentro de una vasija apropiada y bien lejos del lugar habitado por hombres. En invierno se le cubre con mantas de lana y se le acercan cigarrillos y golosinas para su regalo. Los hombres cuando llegan frente al jículi hacen la señal de la cruz y lo saludan como a personaje de alta consideración. Ni los niños ni las mujeres deben mancillarlo con su contacto, estas últimas lo tocan solamente cuando se trata de macerarlo, en ocasión de las ceremonias rituales. El manejo y el cuidado del jículi están al encargo del curandero, quien debe hacerlo con las manos escrupulosamente limpias y auxiliado con tenacillas de madera. El curandero tiene también a su encargo rociar de cuando en cuando al jículi con jugo de carne y gotas de tesgüino. * Si estas atenciones se pasan por alto, entonces el jículi rabioso, devorará las almas de sus huéspedes. Tiene pena de perder la razón aquél que arrebata de su sitio el jículi sin la venia de su poseedor; para sanar es menester sacrificar un buey y consumir su carne en festín rumboso.

Ante el jículi siempre se debe obrar rectamente; ningún acto punible o bochornoso de los hombres se le escapa, supuesto que tiene ocho ojos para mirar en todas direcciones. Es implacable para con quienes le ofenden, a la vez que no perdona tampoco los agravios de un hombre para otro.

El jículi doméstico, el que se guarda en calidad de divinidad tutelar de la familia, mantiene su fuerza y su vigor benéficos hasta cuatro años, al cabo de los cuales envejece y pierde todas sus virtudes y todos sus poderes, entonces hay que reintegrar el cactus seco al lugar en que fué cobrado; allí se le entierra al tiempo que se le pide fervorosamente su reproducción en bien de los humanos que esperan todo de él.

* Tesgüino (Vostorah). M.—"Bebida embriagante propia de los indios tarahumaras, que la obtienen por fermentación del grano de maíz, y que toman principalmente en sus fiestas. Dícese también *tecuin*." Diccionario General de Americanismos. Fco. J. Santamaría.

Mas un hogar tarahumara no debe permanecer sin el influjo bienhechor del cactus, por eso se hace coincidir la época en que se reintegran a la tierra los jículis decrépitos, con la de la recolección de los peyotes jóvenes. Veamos las supervivencias que de los viejos ritos quedan todavía en la sugestiva cosecha.

Tres días antes de que los peyoteros, jóvenes, fuertes y ágiles se lancen a la aventura, se someten a una dieta purificadora de pinole * y toman frecuentes baños para estar limpios de impurezas.

En la actualidad es difícil encontrar peyotes, debido al consumo que de ellos hacen los mestizos, quienes no tienen épocas especiales para cortarlos ni tasa para consumirlos. Tales circunstancias han hecho escasear el cactus que sólo se encuentra adherido a las paredes de los desfiladeros o en el fondo de los barrancos. Hasta allí van los entusiastas tarahumaras a recogerlo, sin que estas fatigas y peligros alteren en lo sustancial el legendario ritual de este acto, quizás el más importante de su vida.

En determinado sitio —generalmente en una cumbre— se eleva una cruz de madera, a la que se entregan los primeros cactus cobrados; satisfecha esta exigencia, los peyoteros pueden probar la carne y el jugo de las piezas que gusten. Durante estas actividades queda prohibido hablar a los recolectores quienes, después de los repetidos embates contra los jículis, acaban por dormir silenciosa y plácidamente bajos los efectos misteriosos del alcaloide.

Dos días dura la recolección de las diferentes especies de peyote, las que deben ser guardadas para su transporte en sendos morrales o bolsas, a efecto de evitar que se peleen los unos contra los otros y que al final de la dura jornada, el peyotero sólo halle en el fondo de sus alforjas bagazos y humedad, como resultado de la descomunal batalla.

Cuando los jóvenes cosecheros retornan a sus lugarejos, llevan sobre sus espaldas los costales llenos de cactus. Entonces el jículi canta una canción melancólica dedicada a la tierra que deja, pero a la vez da muestras de su placer al ser llevado a viajar en cumplimiento de la misión que su hermano "Tata-Dios" le ha confiado entre los hombres.

El júbilo es grande cuando los peyoteros retornan a sus lugares; la gente los recibe con muestras de satisfacción y de contentamiento; en

* "*Pinole* (del azteca *pinolli*). Harina o polvo de maíz tostado, propio para beberse batido en agua, en frío o caliente, solo o mezclado con cacao, azúcar, canela, achiote, etc., como bebida de la gente pobre campesina, en México y Centro América..." Diccionario General de Americanismos. Fco. J. Santamaría.

su honor se celebra una fiesta en la que se sacrifican cabras cebadas. Se danza y se canta la noche entera en gloria del jículi nuevo; las biznagas de diversas especies que alcanzan entre todas un peso mayor al de una tonelada, son honradas y agasajadas de la más fina y espléndida manera, para evitar que, descontentas, vuelvan al lugar de su origen; un grupo de hombre especialmente designado, tiene a su cargo dar de comer a las plantas y refrescarlas con un poco de tesgüino, así como hacerles el obsequio de cigarrillos y monedas menudas.

Los huicholes de Jalisco y Nayarit dejan sus lugares por octubre y noviembre para ir hacia las abruptas montañas en busca del jículi.

El culto del peyote —al contrario que a los tarahumaras— les prohibe asearse. Más de cuarenta días caminan los huicholes con rumbo al Mineral de Catorce en San Luis Potosí, donde encuentran abundante y segura cosecha de biznagas.

Antes de salir a su expedición los aguerridos peyoteros duermen al lado de sus mujeres de las que se despiden tiernamente. Al amanecer encienden una hoguera alrededor de la cual elevan preces a sus divinidades ancestrales y oraciones al Dios de los cristianos en demanda de ayuda y fortaleza para coronar con éxito la aventura. Van ataviados con sus mejores ropajes y llevan sus sombreros anchos y flexibles adornados con motas de lana a colores y esponjadas colas de ardilla. Todos llevan consigo buena ración de tabaco; guardándolo en calabazas preciosamente decoradas. Parece que el consumo de tabaco convertido en cigarrillos con hojas de mazorcas de maíz, tiene estrecha relación con el ritual del jículi.

En los instantes de emprender la marcha, empapan en agua limpia unas colas de venado, con las cuales se asperjan la cabeza unos a otros. Cuando, al fin, dejan su pueblo, todos van llorando igual que las mujeres quienes se quedan con el encargo de velar por la familia y la casa.

Encabezan la caravana algunos burros, mulas o caballejos cargados con huacales que llevan bastimento, pero que su destino principal será traer el fruto de la recolección del jículi.

En el pueblo ha quedado un hombre con atributos sacerdotales que acompaña en pensamiento y sigue con sus oraciones a los peyoteros. Durante la prolongada ausencia, el "rezandero" maneja un hilo anudado tantas veces cuantos días debe durar la expedición; cada nudo desatado es un día que pasa, para la tranquilidad de todos.

Mientras dura la ausencia de los peyoteros las mujeres no se lavan ni se bañan; caminan entonces lenta y recatadamente sin alzar la vista ni

cruzar más palabras que las indispensables con sus familiares y amigos; ayunan a menudo, no comen sal y guardan estricta continencia; se confiesan con el "rezandero" a quien hacen historia de sus amores y de sus desvíos. Tras de estas disciplinas las hembras quedan aptas para gozar de los beneficios del jículi, que esperan ansiosas.

Los huicholes llaman "venado" al jículi y lo consideran como tal en el complejo concepto que tienen del cactus y de sus atributos extraordinarios. Antes de dedicarse a recolectarlo, lanzan sus flechas hacia los cuatro puntos cardinales, simulando una cacería. Después, cuando han descubierto una planta disparan contra ella la flecha pero cuidando de no herirla, pues debe cobrarse viva; a continuación una nueva "jara" se clava en las cercanías del jículi. Un tiro acertado es aquel en que las varas quedan cruzadas exactamente sobre el pequeño cactus.

Antes de recoger los peyotes, los peregrinos depositan en una explanada que les señala su jefe las ofrendas de rigor: flores, monedas, cigarrillos, etc. Después imploran del jículi su gracia y bondad para recibir de él sólo los beneficios, no así los quebrantos que puedan llevarlos hasta la insania.

Cumplida esta parte del ritual, los peyoteros regresan a recoger los cactus que han dejado asaetados y a cobrar nuevamente las flechas con que dieron muerte al "venado". Comen el peyote hasta intoxicarse lo suficiente para tener alucinaciones, tales como mirar a los cactus convertirse en venados que llegan a entregarse dócilmente a sus cazadores. En ese momento, los peyoteros confiesan sus pecados de amor ante los "cinco vientos".

La recolección del jículi dura cinco días, ni un solo más, ni uno menos, cada una de estas jornadas está protegida por uno de los "cinco vientos" del mito huichol.

El culto del jículi entre los huicholes tiene estrecha relación con el dios del fuego, quien preside los actos relativos al ritual de la consagración del peyote; esta última ceremonia se realiza fuera de los templos cristianos y se simboliza con colores amarillos, mismos con los que, tanto los oficiantes como todos los fieles, embijan sus rostros en honor del jículi su venerado visitante.

El consumo del cactus entre los huicholes es simple, lo comen como fruta cuando el cansancio está a punto de vencerlos; pocas veces lo usan como excitante placentero, a pesar de que los aficionados a él como tal, demuestran estar siempre alegres. En ocasión de la caza del venado, los

huicholes suelen darse friegas en los miembros posteriores con jugo de jículi; aseguran que con esta precaución jamás se presenta la fatiga, sin embargo, como contrapartida de aquel efecto sedante, se quejan de molestias y jaquecas que perduran hasta veinticuatro horas.

Aseguran los huicholes que el jugo del jículi y la masticación de los bagazos es remedio infalible para las picaduras de alacrán y de serpiente.

Los tarahumaras menos reacios que los huicholes al trato con extraños, han permitido a los investigadores presenciar más de cerca los vestigios supervivientes del viejo y complicado ritual del jículi; por ellos se ha sabido que durante el año se realizan diversas fiestas en honor del cactus, pero que la principal es aquella en que se le consagra como el protector del pueblo. Entonces se canta y se baila la canción del jículi; la concurrencia se mueve rítmicamente a sus compases en torno de una fogata que se enciende antes del ocaso; el sacerdote oficia ayudado de dos mujeres doncellas encargadas de moler en el metate el jículi, de cuyo jugo turbio y sucio no debe perderse ni una gota.

El sacerdote yace cerca del fuego rodeado de sus acólitos. Frente a ellos hay un hoyo en el que escupen los que han comido o masticado jículi, para evitar que algo se pierda o quede expuesto a las pisadas de los danzantes.

El sacerdote antes de beber, el primero, asienta la jícara sobre la arena y deja en ella pintado su asiento, huella en la que dibuja signos esotéricos. Después se hace música en la que el instrumento principal es el raspador. Cuando el canto se generaliza, el sacerdote y sus ayudantes se ponen en pie y sahuman con copal a una cruz que se ha colocado cerca de la jícara que guarda el peyote. Después de esto la orquesta se refuerza con sonajas, pezuñas de venado y cascabeles de víbora y se inician las libaciones.

La danza toma proporciones de frenesí y perdura monótona e interminable, durante toda la noche. La amanecida halla a los fieles del jículi rendidos por la intoxicación y dueños de goces indescriptibles.

El último acto consiste en cegar el pozo donde han ido a parar los residuos del peyote.

Todo el día lo dedican al descanso presas de una dulce flojedad.

Continuará.